

Antonio Elio Brailovski. *Esta maldita lujuria*. La Habana: Casa de Las Américas, 1992. 182 p. (Premio de Novela 1991).

Con una muy explícita "advertencia" se cierra la última página de esta novela cuya polifonía juega a la ficción, al testimonio, al relato histórico, que dan veracidad a algunos personajes, situaciones y documentos precisamente donde el "rigor" de lo verídico se fundamenta sobre cierta consistencia de la realidad que envuelve y termina engulléndose los contenidos de la ficción.

Esta maldita lujuria no escapa de ese proceso de concomitancias impuesto por cierta narrativa que se soporta sobre relatos históricos o testimoniales (como la crónica, más exactamente) para, a partir de ella, hacer una nueva u otra literatura. Recordemos por ejemplo algunos fragmentos del capítulo primero de *El otoño del patriarca* donde el diario de Colón sirve como punto de partida para la parodia desde una perspectiva americana; o *El arpa y la sombra* que sacude los intersticios de Colón, el Almirante hecho mito, y más más, recientemente novelas como *Los perros del paraíso*, o *Maluco*,

entre otras, como por ejemplo, *Cristóbal Nonato*, cuya arquitectura narrativa conduce necesariamente a la referencialidad de las crónicas como hipotexto.

Antonio Elio Brailovski logra construir en *Esta maldita lujuria* un relato donde se funde el testimonio en tanto registro vivencial de los acontecimientos que han sucedido paralelos a la fundación de una ciudad en el Nuevo Mundo, al mismo tiempo que construye un puente para acercar las historias contadas o escritas por otros, y que además se cotejan en las versiones de distintos informantes.

Ambrosio de Lara, procedente de Galicia, llega a América como armero de la expedición que culminaría en la fundación de la Villa del Carmen de los Patagones, y de allí -tres décadas después- dirige una carta al Virrey de Buenos-Ayres (sic), escrita en secreto, consciente de que estaba arriesgando su vida en tal empresa, pues nadie debía saber los pormenores de tal hecho.

El armero, "que venía a América a labrar el escudo real en todos los cañones de los cien castillos que el rey levanta en la Patagonia" (p. 26),

asume su papel de cronista fiel a los acontecimientos, enfatizando su compromiso con la verdad. Todas las historias escuchadas y contadas luego como verdaderas ofrecen las más amplias posibilidades expresivas a un narrador que pocas veces cede su palabra para dar paso al testimonio de los otros, lo cual en su discurso configura verdades unívocas.

El tema de la novela alude directamente a una tierra hecha a fuerza de extravagancias, habitada por hombres y mujeres extraordinarios cuya existencia cotidiana estaba impregnada de sueños y maravillas. *Esta maldita lujuria* es una sumatoria de sensorialidades, y lleva implícita la fuerza carnal que mueve al mundo en su impredecible devenir donde tantas fuerzas se suman o se oponen: "Así como el hombre fue hecho por mitades, de la cintura hacia arriba por el Señor, y de la cintura abajo por el diablo, así América es la parte de abajo del mundo, la que despierta las más vergonzosas pasiones de los hombres" (p. 9).

Son muchos los hechos que no puede explicarse el narrador desde su yo-testigo que dice haber visto y

constatado todo cuanto relata. No obstante, son abundantes también las inexplicables razones que envuelven unas tierras de misterio, de asombro traducido en maravilla, exageración sin límites y verdades cuestionadas, que dan la medida de todo cuanto no ofrece explicaciones posibles: "Por eso, señor Virrey, pídale usted a su majestad que nos envíe un sabio competente, o que lo traiga consigo cuando él venga, un sabio que sea capaz de pesar y medir el aire, de partirlo y fragmentarlo en sus partes componentes, para saber finalmente qué es lo que tiene el aire de América que nos empuja hacia esa maldita lujuria" (p. 82).

Sin duda el elemento más coherente que resulta concomitante en el relato de los cronistas para establecer su verdad, que es en sí maravillosa, viene dado por la hipérbole, lo cual se constata también en esta novela de recuento y desencuentros cuando se describen algunos elementos descomunales de la naturaleza americana: "En esas tierras se daban aceitunas del tamaño de manzanas y manzanas grandes como calabazas, y calabazas tan inmensas que podían hacerse realidad los cuentos infantiles y construir carrozas con aquellas. Las ovejas parecían vacas

y los toros crecían más altos que el techo de las casas" (p. 25).

El juego del tiempo establece un espacio múltiple donde cumple funciones más allá de lo simple anecdótico-narrativo, desarrollado de manera secuencial. En esta novela las historias se llenan de un fino humor y de un inteligente gesto irónico que muchas veces culmina en la parodia de otros autores de obra célebre que en la (in)formada percepción del narrador-testigo desfila a través de la literatura que le precede. Allí se explican las razones que motivaron el descenso de Dante al inframundo tras las huellas de Beatriz: los fines últimos del Cid Campeador; el héroe Cervantes y su inmortal creatura "...un hidalgo manchego de cuyo nombre no puedo acordarme, al que le faltaba una mano y creía ser el Amadis de Gaula" (p. 138), aquel Tomás Moro, cuya *Utopía* le fue dictada en sueños, pasando por los cronistas de Indias desde Colón, las peripecias de Cortés y de Pizarro, pasando también por autores tan disímiles como Johnatan Swift y Federico García Lorca; todo ello en un juego de intertextualidades.

A través de 26 pequeños capítulos se pasea esta extensa carta que

recrea los mitos, las leyendas, los relatos fundacionales del paisaje humano y geográfico del sur del Continente Americano, y en ello va implícito el hecho ficcional que dio origen a la teoría del paraíso, con una ciudad inmensa de oro y donde además era posible sembrarlo -la ciudad de los Césares-; así, todo parecía configurar "historias tan maravillosas que no las repito aquí porque quizás vuestra Excelencia no las llegaría a creer" (p. 13). De hecho se construye un juego de historia-ficción forjada sobre la plataforma de la maravilla que viene del sueño y la exageración, pero en "una América en la que nunca se cumplían los sueños" (p. 27).

Gregory Zambrano

(*) **Antonio Elio Brailovski** (Buenos Aires, Argentina, 1946). Es licenciado en Economía Política, además de narrador y periodista. Ha publicado *Identidad* (novela, 1980). *Historia de las crisis argentinas* (ensayo, 1982), *El riachuelo* (ensayo, 1983); *El libro de las desmesuras* (cuento, 1984), entre otros.